

EL LIBRO POSTUMO DE PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

POR

ANGEL-ANTONIO LAGO CARBALLO

POR estos días se cumple el IV aniversario de la muerte de Pedro Henríquez Ureña. Fué exactamente el 18 de mayo de 1946. Murió en el tren que había de llevarle desde Buenos Aires a la Plata. En el Colegio Nacional de la Universidad de la Plata explicaba castellano desde hacía algún tiempo. Muchos de sus amigos y discípulos han escrito semblanzas y recuerdos del gran escritor dominicano. De las últimas páginas a él dedicadas, algunas han salido, redactadas con fervor, de una pluma joven: la de su alumno Roy Bartholomew¹, quien también nos anuncia una recopilación de los artículos y ensayos de su maestro dispersos por distintas revistas, que piensa titular *PLENITUD DE AMÉRICA*.

Dos importantes obras de Henríquez Ureña han visto la luz desde su muerte. En 1947 su *HISTORIA DE LA CULTURA EN LA AMÉRICA HISPÁNICA*, libro que ya fué comentado en las páginas de esta revista². En 1949 se publicaba en la Biblioteca Americana —que él había proyectado— de la Editorial Fondo de Cultura Económica, su libro *LAS CORRIENTES LITERARIAS EN LA AMÉRICA HISPÁNICA*³.

¹ *Mi recuerdo de Pedro Henríquez Ureña*, por Roy Bartholomew. «Cuadernos Americanos». México, julio-agosto 1949.

² *La cultura de la América hispana*, por José María Alonso Gamó. «Cuadernos Hispanoamericanos». Madrid, enero-febrero 1950.

³ *Las Corrientes Literarias en la América Hispánica*. Versión del inglés por Joaquín Díez-Canedo. Biblioteca Americana. Fondo de Cultura Económica. México-Buenos Aires, 1949. 344 págs.

A esta obra queremos dedicar algunos comentarios. Reúne este volumen el texto ampliado y corregido de las conferencias que pronunció su autor en el curso 1940-41 de la cátedra Charles Eliot Norton. Muerto H. U., la traducción y edición del libro han estado a cargo de Joaquín Díez-Canedo. Este carácter póstumo, como aquel de ser originariamente texto hablado y no escrito, determinan demasiado la estructura del libro, cuyo contenido es más amplio de lo que indica su título. H. U. incluye también las corrientes artísticas «con objeto de reforzar mejor el sentido de la unidad de cultura en los países pertenecientes a la cultura hispánica». Divídese la obra en ocho capítulos bien trazados: El descubrimiento del Nuevo Mundo en la imaginación de Europa; La creación de una sociedad nueva; El florecimiento del mundo colonial; La declaración de la independencia intelectual; Romanticismo y anarquía; El período de organización; Literatura pura, y Problemas de hoy.

Apresurémonos a declarar que nos parecen mejores los primeros capítulos. Quizá la razón esté en que sean los dos primeros siglos americanos los que por poseer mayor simplicidad presenten más facilidad al análisis y al juicio.

El arranque del libro tiene la sugestión y belleza que le presta el tema: Colón y su *Diario* como primera muestra literaria de la reacción ante el mundo recién descubierto. H. U. destaca las calidades descriptivas y aun poéticas que la prosa del Almirante posee. Y señala también en qué medida Europa tomó en cuenta las palabras de Colón y cómo sus descripciones pesaron en la imaginación europea. Para ésta las tierras descubiertas tienen una riqueza y una fertilidad sin límites y en ellas existe una primavera eterna. Sus naturales son generosos y buenos —concluye—, sembrando de este modo semillas que crecerán en el pensamiento político muchos años después.

No señala H. U. —quizá porque se saliese de su tema— la lentitud con que Europa asimila y toma en cuenta los descubrimientos. Gonzalo Menéndez Pidal ha señalado en un sugestivo trabajo⁴ hasta qué punto el mundo renacentista continuó aferrado a los saberes geográficos ptolomeicos con desprecio de las aportaciones de españoles y portugueses. En 1573, pasados ya ochenta años del acontecimiento, el español Juan Pérez de Moya, en su «Tratado de cosas de Astronomía, Cosmografía y Filosofía», al tratar de

⁴ *Imagen del mundo hacia 1570*. Gonzalo Menéndez Pidal. Madrid, 1944.

las tierras conocidas por el hombre, sigue a Pomponio Mela y Ptolomeo, sin incorporar al continente descubierto.

En los primeros capítulos trata H. U. los grandes temas que plantea el Descubrimiento en el mundo de las ideas. Por una parte está el sentido renacentista que anida no sólo en Colón, sino también en los cronistas. Sin embargo, sigue faltando un buen estudio dedicado a desentrañar la influencia del espíritu del Renacimiento en los hombres que narran la Conquista. Algo ha señalado Ramón Iglesia ⁵ y entre nosotros Soler Jardón ha llamado la atención hacia el tema al referirse al pasaje de la destrucción de las naves por Hernán Cortés ⁶.

Otro problema planteado por la empresa indiana, el del contraste entre naturaleza y cultura, es acusado por H. U. en precisas páginas. Las cuestiones derivadas del problema son diversas y todas sugestivas. Así la influencia del Descubrimiento en las concepciones de las diversas Utopías y, a su vez, el afán de aplicar ideas utópicas para el gobierno de hombres y tierras recién descubiertas ⁷.

Pero no es posible seguir al ilustre escritor hispanoamericano página por página, pues en cada una de ellas hay ocasión de comentario. Sí digamos que poseen especial interés sus consideraciones sobre el nacimiento de lo que él llama «mundo colonial». La historia de América escrita siempre con segundas intenciones, casi nos ha obligado a creer que tras las jornadas épicas de la Conquista no hay sino los románticos días de la Independencia. En medio, según unos, una vida de opresión para los indios: sin escuelas, sin comercio y, sobre todo, sin libertad. Según otros, una continua atención por parte de reyes y gobernantes españoles que dan leyes humanitarias y adelantadísimas. Lo que ha faltado son historias escritas apoyándose en los datos concretos, historias que tengan en cuenta los estudios monográficos sobre esta o aquella institución. Solamente así llegará a conocerse la vida de América en los años que van del 1492 hasta la emancipación.

Un aspecto curioso es el de la reacción de los que «llegaron primero» ante los que, cuando está ya consumada la conquista y estructurada la sociedad indiana, van allí. Esta sociedad nueva

⁵ *Cronistas e historiadores de la conquista de México*. Ramón Iglesia. México, 1942.

⁶ En «Estudios Cortesianos». Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo». C. S. I. C. Madrid, 1948. Pág. 537 y siguientes.

⁷ En este sentido, una de las últimas aportaciones españolas es la de José Antonio Maravall con su trabajo *La utopía político-religiosa de los franciscanos en Nueva España*. «Estudios Americanos». Sevilla, enero 1948.

—dice H. U.— «muy pronto tuvo conciencia de su individualidad y se mostró celosa de sus derechos. La rivalidad entre los españoles y portugueses que cruzaban el Océano y los hombres nacidos en el nuevo continente, lo mismo criollos que mestizos, convirtiéndose en franca contienda antes de que acabara el siglo XVI, y continuó siéndolo hasta la guerra de la Independencia» (pág. 62). Coincide H. U. con Ortega y Gasset cuando éste afirma que «ni siquiera es preciso aguardar —para comprobar cuándo se inicia la conversión del hombre viejo metropolitano en colonial— a la primera generación nacida ya en el nuevo espacio, sino que el mismo colonizador, si permanece unos años tierras adentro, comienza a los cinco o seis años a ser un ente distinto del que era»⁸.

* * *

Los cinco últimos capítulos forman lo que pudiera considerarse la segunda parte del libro. Arranca el primero de ellos del movimiento independentista, con referencias no sólo a los escritores literatos, sino también a escritores políticos tales como Miranda, Hidalgo, etc.

En esta segunda parte cobra el libro un interés más directo, pero a la vez pierde unidad, quizá obligado por la complejidad de la vida cultural que tiene que recoger. H. U. se ve impulsado a simplificar la línea discursiva limitándose a señalar las características de cada movimiento literario, confiando con frecuencia a las notas las listas de nombres, pues de otro modo se hubiese convertido el libro en un simple catálogo. El procedimiento tiene en ocasiones inconvenientes, sobre todo en lo relativo a los autores más próximos a nosotros, los cuales no están valorados con un mismo criterio. En general, y no pretendemos apurar las críticas, se notan ciertas lagunas en los dos capítulos finales. Así la falta de referencias justipreciadas sobre el actual teatro hispanoamericano e igual se podría decir con relación a la poesía de nuestros días.

Estas objeciones y otras que más adelante se harán no pretenden quitar importancia a este libro cuyo manejo se hace indispensable a todo estudioso de la cultura hispanoamericana. De sus 340 páginas, unas 130 están dedicadas a abundante notas y una selecta bibliografía, que sin ser completa es más que suficiente para iniciar en el estudio de los temas a que se refiere⁹. Su lectura será pro-

⁸ *Obras Completas*. José Ortega y Gasset. Volumen IV. Madrid, 1947, página 347.

⁹ Se trata de la misma Bibliografía publicada en *Historia de la Cultura en la América Hispánica*.

vechosa para los españoles que, desgraciadamente, carecemos de libros e información sobre las producciones salidas de plumas hispanoamericanas. La preocupación de nuestros escritores y críticos por los libros ultramarinos ha sido siempre escasa. Las excepciones son lejanas: Valera, Menéndez Pelayo, Unamuno... Es preciso, pues, el conocimiento de panoramas como los trazados por este gran escritor y erudito que fué Henríquez Ureña para facilitar la lectura de la producción literaria hispanoamericana que cada día va ganando en riqueza e interés.

* * *

Cabría señalar respetuosamente algunas objeciones al libro que venimos comentando. Por descontado, que muerto su autor no se pretende al formular estas apreciaciones otra cosa que precisar y encuadrar su sentido.

Una impresión que surge pronto al leer sus páginas es que el autor no se vió libre de prejuicios que ensombrecen, a veces, su labor crítica. El mismo H. U. alude a ello en una nota (pág. 268): «Es digno de notarse el hecho de que sean pocos los escritores de primera fila, entre los nacidos después de 1880, que pertenecen a los partidos conservadores.» El que H. U. haga esta precisión denuncia a las claras que tuvo una preocupación política a la hora de historiar movimientos y sucesos literarios. Esta preocupación —que a veces parece tocada de sectarismo— le lleva a no citar a escritores de tanto relieve como José de la Riva Agüero. (Le cita sólo en las notas al indicar bibliografía sobre diversos temas.) Otro tanto se podría decir de uno de los máximos historiadores de América, el mejicano Carlos Pereyra, al cual se refiere una sola vez, en una nota y de paso, incluido en una larga lista de nombres.

Este criterio político y sectario le lleva a formular juicios injustos sobre determinadas figuras: por ejemplo, el estadista ecuatoriano García Moreno, cuyo gobierno califica de «sombria tiranía». (A propósito de García Moreno, cae H. U. en un contrasentido al calificar a Juan Montalvo de «cristiano normal» tres líneas más abajo de aquella en que reproduce la frase de Montalvo «¡Mi pluma lo mató!», refiriéndose a García Moreno. En una nota dedicada al mismo político confiesa que «G. M. era hombre de letras dueño de buena prosa y verso tolerable» después de decir que ha encontrado «admiradores entre los europeos que creen en el dogma de que el fin justifica los medios, por ilícitos que sean». ¡Cómo suena todo esto a siglo XIX!)

En la misma línea está su admiración por Francia, que le lleva

a alguna exageración. Pase eso de que Francia haya sido «para nosotros, desde principios del siglo XIX, un hogar espiritual», pero quizá sea excesiva la frase siguiente: «La caída de París en 1940 fué una tragedia personal para muchos miles de hispanoamericanos.» Hemos de confesar, sinceramente, que nos hubiese agradado mucho alguna referencia, algún «dolorido sentir» de Henríquez Ureña hacia nuestra guerra civil, en donde cayeron algunos valores de nuestra cultura bien conocidos por él. Naturalmente que sabemos de sobra la admiración y culto de H. U. hacia la cultura española que le inspiró páginas tan definitivas como las de su **PLENITUD DE ESPAÑA**, pero —insistimos— esperábamos alguna referencia a días más próximos en nuestra vida nacional.

Terminamos aquí. Queden para otra ocasión algunos temas. Así las apreciaciones de H. U. en relación con la literatura sobre temas indigenistas, que ha dado en la novela espléndidos frutos en los últimos años.

* * *

Este libro póstumo de H. U. tuvo un propósito cuando su autor lo dictó en forma de conferencias: el de seguir las corrientes relacionadas con la «busca de nuestra expresión». Quizá haya sido el propósito el que haya obligado al autor a trazar una línea determinada, cayendo en exclusiones y omisiones. Por nuestra parte pensamos que solamente se hallará la «expresión hispanoamericana» cuando se realice la búsqueda con un ánimo comprensivo y válido para todos los hombres nacidos entre Río Grande y la Patagonia.

Madrid, mayo 1950.

A. A. Lago Carballo.
Donoso Cortés, 65.
MADRID (España).